

PÁG. 159.

[18] *Lo que noto en toda la Escritura, &c.* Se reprochan á la Sagrada Escritura expresiones que parecen designar en Dios pasiones semejantes á las nuestras, movimientos y operaciones indignos de él: *se arrepiente, le pesa, se venga, endurece nuestro corazon;* pero es menester acordarse tambien, que despues de haber dado en mil paságes las ideas mas sanas, las nociones mas exactas de la divinidad, era natural que la Escritura Santa hablase un lenguaje humano y sensible á los hombres. Las luces que ella comunica á la razon, nos ayudan suficientemente á fijar el sentido de los términos, aun cuando el autor sagrado hable á la imaginacion; y uno no se engaña mas en éstas diferentes imágenes, que en estas otras, *el brazo del Omnipotente, la faz del Altísimo, el trono de su gloria.*

CARTA TRIGESIMA SESTA.

EL MARQUEZ Á LA CONDESA DE VALMONT.

Quieres, mi querida Emilia, que yo arregle tu gusto, tus afectos, tu conducta sobre el uso de los grandes bienes que posees, y piensas que aun el mismo Conde no ha de llevar á mal mis consejos, acerca de un objeto tan delicado y tan importante.

El rango que ocupa tu marido en la corte, sus riquezas y las tuyas, y la justa necesidad en que está de honrarse con ellas, la especie de rivalidad en fausto y ostentacion que reina entre los cortejanos y en todos los estados, los miramientos, en una palabra, y el tono del siglo, ¿qué digo? él interes, el bien real de la sociedad ¿no te autorizan y aun te exigen acostumbrarte al lujo y á la suntuosidad, á gastos que acaso son exorbitantes pero que se hacen en cierto modo necesarios con haberse hecho tan comunes?

Sin duda, hija mia, hay cosas decorosas á su estado, que uno debe guardar inviolablemente. El amor al orden, primero de todos los sentimientos

de una alma bien nacida, la primera de todas las leyes en un espíritu recto y bien formado, pone á cada persona en su lugar, hace guardar á cada uno su dignidad y su rango, conserva la verdadera relacion de los estados y de las cosas, y lleva por donde quiera la decencia de los usos, de los sentimientos y de las costumbres. Lo que será una vanidad ridícula y una inseparable afectacion en una condicon mas obscura, es nobleza, decencia y dignidad en un rango mas elevado; lo que habitualmente, ó en ocasiones ménos importantes fuera locura y prodigalidad, en otras veces, en circunstancias mas graves y ocasiones brillantes, se hace magnificencia, grandeza de alma, y generosidad. Mas esta especie de conveniencia en el uso de las riquezas, no es el lujo sobre cuya naturaleza deseas tan vivamente ser iluminada. En este punto, Emilia mia, me hallo detenido desde la primera nocion que quisiera darte de él. ¿Qué cosa es este lujo que debes permitirte ó prohibirte, segun la verdadera idea que te hallas sabido formar de él? ¿este lujo, de que tan mal se ha dicho en otro tiempo, y de que tan bien se habla hoy? Hacer elogio de él, celebrar sus ventajas, es filosofía, es sabiduría entre sus mas ilustres partidarios y en este siglo ilustrado: degradar su naturaleza con los sábios de la antigüedad, pormenorizar sus inconvenientes, reprobar sus principios y sus efectos como el legislador de los cristianos, es en unos, si hemos de creer á los filósofos de nuestros dias, el lenguaje de insensatos declamadores, de frios moralistas que han censurado el lujo con mas tristeza, que luces, es en otros la seguera del fanatismo y de la supersticion.

¿Y qué és pues, vuelvo á decir, el lujo, mirado por tan grandes hombres bajo puntos de vista tan diferentes? Para fijar nuestras ideas acerca de él, no cambiemos en lo posible la nocion mas comun, y comensemos por fijar el sentido de la palabra que sirve para expresarlo: acaso ya no se dirá que

el lujo es una palabra sin-idea precisa, que el lujo es un vano nombre. Cada cosa tiene su medida, la naturaleza tiene la suya, que es la de nuestras necesidades; la sociedad tiene la del estado y del rango; la fortuna tiene igualmente la suya, que son nuestras posibilidades. Traspasar esta medida es desórden, es abuso. Esto supuesto, en su significacion mas general, mas universalmente recibida, ¿qué se entiende por lujo? ¿Es el uso sencillamente decente ó racional, ó es el abuso de las riquezas? ¿se ha querido decir solamente, que quien se entrega á él usa de su industria y de su opulencia, de modo de procurarse un bien estar mas real? ¿Ó se quiere hacer entender con esto, que se le usa mas por ostentacion que por decencia, mas por exceso de molicie, que por una utilidad real, mas por gustos frívolos, que por satisfaccion y una conveniencia honestas y por una justa necesidad?

Si pregunto sobre ésto, no al espíritu de sistema, sino á la opinion comun que solo tiene derecho de fijar el sentido de las palabras, la cuestion quedará muy pronto decidida; y de la idea general véremos en mi concepto salir, esta nocion exacta y precisa: el lujo es el uso de las riquezas por ostentacion y vanidad, ó por el ahinco de una exclusiva comodidad [a].

[a] Melon ha dicho: *el lujo es una suntuosidad extraordinaria que dan las riquezas y la seguridad de un gobierno.* Redondeada esta definicion parece clara y que lo comprende todo; y sin embargo, esta contradicha por el hecho y por la moral: por el hecho, puesto que los reinados rabiosos de Calígula y de Nerón fueron en Roma los de el lujo, y no ciertamente los de la seguridad; por la moral, pues que justificar el lujo segun esta definicion, es celebrar las dicipaciones de Cleopatra y de Heliogibalo. Pero Melon era hombre muy honrado para preferir y sostener esto. Tratémos de definir el lujo sin proscibir el gasto, y digamos bien que mas mal, pero con mas exactitud. „El lujo es el abuso de las riquezas.” (El Amigo de los hombres.)

Tal es efectivamente lo que todos los estados, todas las condiciones nos ofrecen, cuando se dice que reina lujo en ellas; y el abuso se ha reputado tanto mayor, quanto es mas distinguida esa ostentacion, quanto es mas excesiva respecto al rango que ocupamos en la sociedad y á nuestras facultades, ese ahinco de goces y comodidades.

Mas este uso de las riquezas, entendido así, este abuso que se hace de ellas, ¿puede ser un bien? ¿Lo es con respecto al hombre particular? Lo es al ménos en quanto al cuerpo entero de que somos miembros? Planteada la cuestion así en sus justos términos, no creo que ofrezca ya dificultades tan grandes.

¿Miraré yo, hija mia, como un bien para tí, como un bien para cada uno de nosotros, una ostentacion de riquezas, que por una consecuencia necesaria, por una filiacion inseparable del lujo, engendra y nutre diariamente la insaciable codicia, la dureza, el orgullo, el celo, el deseo de parecer mucho, y que en esto mismo hace sacrificar un bien real á un brillo vano y quimérico; la dulce y honesta libertad á una relumbrante y vergonzosa servidumbre; el reposo del espíritu y del corazon á las inquietudes y á los tormentos de la vanidad [1]; las expresiones penetrantes de la humanidad y el grito de la naturaleza, á la sed de oro y al deseo de sobresalir? ¿Mirarémos como un bien, un aire de fausto y de opulencia, que con la apariencia de las riquezas, quita pronto la realidad de ellas; que hace contraer de dia en dia nuevas deudas, sin ofrecer proporcionalmente recursos, al ménos que no envilezcan; que sustituye una gloria sólida y una verdadera dignidad, con una decoracion de teatro y con un remedo de grandeza; que desola y arruina una familia so pretexto de levantar el brillo y hacer valer su nobleza; que es causa de que se relajen los vínculos mas sagrados, de que los parientes mas próximos parezcan extraños los unos á los otros, de que se tenga vergüenza de llevar el nombre de sus padres, sinó es de un ilustre na-

cimiento, de que los matrimonios sean tan mal ajustados y se vuelvan diariamente mas difíciles? ¿Qué mas diré? ¿Será menester considerar como un bien un empeño de comodidades excesivas, que por la naturaleza misma de las cosas, y por un encadenamiento fácil de comprender, aumenta las necesidades, apoca el espíritu, degrada el gusto, enerva el valor, corrompe las costumbres, y desde entónces multiplica los males con los goces, y el mal-estar con los deseos; que hace mas penosa la existencia, aparentando dulcificarla mas; que induce siempre que uno se crea mas desgraciado y mas indigente, si no es feliz y rico con lo que tiene [a]; que nos aturde y nos embriaga en la abundancia; y nos deja sin fuerza y sin recurso en las adversidades; que inmola las virtudes á la comodidad [b], y el honor al deleite?

¡Oh hija mia! hé aquí una verdad. Si la multitud de las necesidades produce el contento y la paz; si la apariencia de felicidad vale mas que la felicidad misma; si un brillo faustoso que apoca nuestras ideas y envilece nuestros afectos, constituye la grandeza [2]; si un refinamiento de molice y de sensualidad, si un colmo de placeres comprados á costa de las virtudes y de las costumbres, es un bien [c]; ¿Qué digo? si la diferencia entre la virtud y el vicio es una quimera, y el

[a] La opulencia está en las costumbres, y no en las riquezas. (*Montesquieu, Grandeza de los Romanos capítulo 10*).

[b] „En general, el medio mas seguro de reprimir „los vicios, dijo el autor del *Belisario*, es restringir las „necesidades.”

Uno dijo muy bien; „La naturaleza pide lo necesario, la razon quiere lo útil, el amor propio busca lo agradable, y la pasion lo supérfluo.”

[c] „El libertinaje es muy generalmente reconocido como una consecuencia necesaria del lujo, para que yo me detuviese á probarlo” dice el autor del muy famoso libro *del Espíritu*. (*Discurso 2.º, cap. 15.*)

lujo no es mas que una palabra, el lujo no es un mal.

Empero puede ser un mal respecto de un particular que se entrega á él, y ser un bien para la sociedad entera. ¿Pueden estar los miembros enfermos, y el cuerpo en salud? ¿Es un bien para el estado que las distinciones esten en las riquezas, y no en el mérito; que la vergüenza no caiga sobre las acciones bajas y viles, sino sobre la indigencia; que á fuerza de querer distinguirse por un vano brillo, ya nadie se distinga y todos los rangos esten confundidos [a]? ¿Es un bien, que el espíritu y el gusto de las bagatelas, cunda en todas las clases de los ciudadanos [3]; que la ostentacion opaque al honor [4]; que por el sumo empeño de gozar con crédito y opulencia, todo se juzgue permitido; que la tímida inocencia pobre y falta de socorros, sea puesta en almohada, sea vendida por padres avidos ó indigentes, y sea solicitada y comprada por el rico voluptuoso? ¿Es un bien, que la juventud lugareña aprenda á representar la comedia en casa de su señor, se fastidie de su trabajo, deteste su pobreza libre y tranquila, abandone su pueblo y trafique con su honor, para comprar colgajes? ¿Es un bien para el estado, que el artezano viva á merced del menor capricho, del menor cambio en las modas, y muera de hambre, mientras que otra clase de artezanos se alimenta y se enriquece con su desastre?

¿Es un bien, que por satisfacer la vanidad, por un hábito de delicadeza, ó finalmente por el peligro de una miseria mayor, se tenga temor de multiplicar el número de los hijos; que las ciudades se despueblen sordamente, todavia ménos por la cantidad de hombres destruidos por el libertinaje, que porque no nacen por el lujo? ¿Es un bien que las campiñas queden desiertas [5], porque el hombre de bien sea hollado, porque le quitamos

[a] Solo una cosa sobresaie hoy; la honestidad, la decencia: se distinguen mucho, porque se han hecho muy raras.

lo necesario, para costear nuestra superfluidad; porque al hijo de las aldeas arruinado y envilecido, parezca mas dulce lucir la rica y brillante librea de un rico improvisado, que trazar sin fruto y sin honor el surco penoso y verdaderamente honroso que trazaron sus padres; porque finalmente un pequeño número de hombres ávidos, para satisfacer su ostentacion y su codicia, compren casi solos el producto de nuestros campos, exporten lejos nuestras cosechas, despojen al estado de lo que la naturaleza liberal prodigaba igualmente á todos, causando la escases en medio de la abundancia [6], y trayendo la miseria y la muerte, donde las bendiciones del cielo parece que llevaban la fecundidad, la vida y la bienandanza? ¿Es un bien vuelvo á preguntar, que en medio de la molicez se gasten las fuerzas, los temperamentos enflaquezcan, las constituciones cambien, y no presenten ya en la paz mas que cobardes y vergonzosos sibaritas, y en la guerra hombres enervados, acaso conducidos por gefes llenos de valor [7]? ¿Es un bien que, en la depravacion general, el lujo del espíritu siga al de las costumbres y pervierta el gusto como los afectos; que el espíritu de patriotismo se altere; que el interes particular suceda al amor del bien comun [8]; que todo lo refiera uno á sí, y nada al estado de que forma parte; que se haga traicion á la gloria; que se juegue con la suerte de los conciudadanos; y que entre pueblos corrompidos por el fausto y el amor de las riquezas, se hayan vendido algunas veces armas, ciudades, provincias y la patria por dinero? ¿Qué se yo por fin? ¿Es un bien que las necesidades, creciendo con la industria y el comercio, consuman, absorban todos los frutos de la una y todos los productos de la otra, que dejen exausto el estado, pareciendo que lo hacen florecer; y que despues de haber dado un aire de sanidad que cubre una enfermedad real, lo dejan cargado de deudas, desfalleciente, debilitado, sin dinero, sin crédito y sin recursos? Pues hija mia, ved aquí todos los efectos del lujo.

Para eludir todas estas verdades y poner el lujo á cubierto de estos justos reproches, se ha dicho, y este es el giro mas ingenioso que se ha podido dar á su defensa: „Que el lujo no hace mas que acompañar á todos estos efectos, pero que no es la causa de ellos; que la causa de todos estos males, está sólo en las costumbres.” Pero si tan grandes males, costumbres tan depravadas casi siempre se hallan junto al lujo, ¿qué se puede pensar de un lujo acompañado de ordinario por tan triste cortejo? ¿Pero estos males no penden evidentemente del lujo como consecuencia natural y necesaria, como el efecto pende de su causa? ¿Y no son para él hijos legítimos á quienes no puede desconocer su padre? Y si es verdad que las costumbres influyen sobre el lujo y sobre sus consecuencias, ¿con qué fuerza prodigiosa, con qué rapidéz y funesto influjo obra el lujo sobre las costumbres! Se citan ejemplos de algunas naciones donde el lujo no ha tenido siempre consecuencias tan tristes. Mas en la historia de los hechos, como en la historia natural, ejemplos particulares prueban mui poco contra cosas generalmente reconocidas, ó porque son hechos equívocos, ó porque las circunstancias son diferentes, inexacta la aplicacion de los ejemplos, y las consecuencias son cuando ménos inciertas. Y efectivamente, ¿qué prueban algunas inducciones particulares contra la autoridad de todos los legisladores, contra la de todos los historiadores y filósofos mas sábia y fielmente observadores, contra la experiencia comun de todos los siglos [a]?

[a] Uno de los defensores mas celosos del lujo no teme afirmar que: „en todos tiempos, los poetas, los oradores, los moralistas, son quienes comunmente han vituperado mas el lujo; y que comunmente tambien los „hombres de estado han sido los que lo han apoyado.” Pero los legisladores mas célebres, los principes mas recomendables por su sabiduría y su virtud, los ministros mas ilustrados, que se han declarado tan fuertemente contra el lujo, que tan fuertemente lo han condenado, ¿no eran hombres de estado?

Se ha dicho „que el lujo no era peligroso sino para los Estados pequeños y que enriquecía á los grandes.” Pero lo que te he manifestado, hija mia, sobre los efectos del lujo, es igualmente propio de todos; y no sé, si, en la comparacion, sería ménos opuesto á la verdad el principio contrario al que se quiere establecer; sea lo que fuere, si hemos de creer á la historia, todos los grandes reinos se han perdido por el lujo [a].

„El lujo, se ha dicho tambien, excita la industria, anima las artes, hace circular los efectos, puebla las ciudades, y mantiene á muchos artesanos.” Pero si excita la industria [9] á expensas de la moralidad; si anima las artes, en las cosas frívolas, y degradando el gusto de los artistas [10]; si agota tarde ó temprano los efectos, que hace circular [11]; si devasta los campos para poblar los pueblos, que pronto despuebla á su turno; si hace artesanos inútiles y domésticos, á costa de la clase necesaria de los labradores, y si de estos artesanos hace morir de hambre á mayor número que el que alimenta [b]; si arruina la nobleza, poniéndola con las modas y caprichos al nivel con los que se han enriquecido por la moneda; si multiplica las quiebras

„En la teoria, añade el mismo autor, la opinion comun es contraria al lujo; en la práctica todo el mundo se entrega á él.” ¿Mas qué se sigue de aquí? que en esto, como en todo lo demas, los hombres están frecuentemente en contradiccion con sus principios, porque si por una parte los principios los iluminan, por otra las pasiones los ciegan.

[a] „Nada es mas lisonjero que el espectáculo del „lujo; nada mas atractivo. No me sorprendo de que „haya perdido á tantos estados. Esto es una vana declamacion, se dirá, rebatida por los moralistas. No „me entretendré en probaros con la historia, que son „hechos y no declamacion lo rebatido.” (*Conservaciones de Pericles y de Sully*).

[b] „El lujo puede ser necesario para dar pan á los pobres; pero si no hubiera lujo, no hubier pobres.” (*Rousseau*).

por haber empleado en un boato arrogante el pan de los acreedores; si aumentando la fortuna de algunos ciudadanos, engendra en el espíritu de muchos el gusto y el hábito de las malversaciones y de los crímenes; si tiene otros mil inconvenientes que sería muy largo detallar: ¿entonces, el lujo será una ganancia para cualquier estado? ¡Ah! lo confesaré fácilmente; el lujo da por algunos momentos un aire de fuerza y de poder, mientras que sordamente mina y con el tiempo destruye. Aquel aire de vigor, que se parece á la gordura de un cuerpo cebado con humores superfluos y falto del calor necesario, signo aparente de vida y de salud, que lleva en sí el germen de la muerte [12]. Serán, si se quiere, las riquezas del látigo; con las que el estado se destruye, y el particular se halla mas pobre que ántes.

„Lo que es lujo para unos, se ha dicho por fin, no lo es para otros; lo que es lujo para nosotros, dejará de serlo para nuestros sobrinos: de donde se sigue, ó que el lujo no está en ninguna parte, ó que está en todas [13]. ¿Qué consecuencia! por el contrario; no se sigue de aquí, que haya efectivamente para muchas personas un lujo que por su estado, por sus posibilidades, por las necesidades verdaderas de la situacion y de la decencia, pueden no serlo en casos particulares para un pequeño número de otras; que hay cosas que en cierto tiempo son de lujo para casi todo el mundo; que con ellas aumentan las necesidades facticias de casi todos, y á proporcion empobrece el ciudadano?

Concluyamos pues, hija mia, con que hay un lujo real, y que nada es más de desear que la supresion del lujo, cuya naturaleza es crecer siempre hasta desconcertar todas las condiciones y la sociedad entera. Mas, ¿á quien corresponde suprimirlo? á los que tienen el imperio sobre la opinion y las modas, á los que tienen el poder de cambiar las costumbres, á quienes corresponde dar el ejemplo. . . ., á los grandes, para decirlo de una vez; y así como estos imperan sobre el espíritu del pueblo, el so-

berano es quien impera sobre ellos. Uniendo al fausto la vergüenza [14], condecorando los servicios reales, y honrando la virtud [a], el lujo cae, las costumbres se reforman, y el estado mismo recobra su antiguo vigor.

Hasta aquí, mi querida Emilia, solo te he hablado el lenguaje de la razon; pero ¿me estaría bien que despreciara yo para contigo el del Evangelio y el del sentimiento?

El rico condenado por tu Divino Maestro; aquel rico voluptuoso, lujoso y soberbio (porque el orgullo, el lujo y la liviandad van juntos), era juntamente duro y desapiadado. He aquí otro efecto del lujo. Endurece el corazon [15]; y cuando se trata de socorrer las necesidades del pobre, jamás habla superfluo. Sin embargo, en el tribunal del justo Juez, del Dios de los cristianos, serémos reprendidos y condenados por esto mismo con mayor severidad. „Retiraos de mí, dirá al réprobo; tuve hambre, y no me diste de comer; tuve sed y no me diste de beber; estaba sin alojamiento, y no me hospedaste; estuve desnudo y no me vestiste; estuve enfermo y preso y no me visitaste: porque en verdad os digo, que siempre que habeis dejado de hacer esto con el mas pequeño de mis miembros, habeis dejado de hacerlo conmigo.” (Math. 25.) ¡Insensato! rehusó colocar en el cielo los bienes que poseía en la tierra; y por gozar vanos placeres que pasan como la sombra, y un falso brillo momentáneo, se ha preparado pesares eternos.

Tú tienes riquezas, hija mia. Con un corazon como el tuyo, ¿pulsarias dificultad en el uso que se puede hacer de ellas? ¿No hay desgraciados [b]?

[a] „Cuando la virtud es honrada, germina en todos los corazones.” (Marmontel).

[b] Un hombre que llora; un hombre que sufre y está necesitado. . . . ¿Qué objeto para un corazon bueno! ¡Daria todo el oro del nuevo mundo, si lo tuviera, para enjugar una sola lágrima de un desgraciado! ¡Ah! sin duda (dirán aquellas almas de barro que

De todos los rasgos de semejanza con el Ser Supremo, el mas lisonjero para el hombre es el ser bienhechor. Pero el lujo impide casi siempre serlo cuanto uno debiera; absorve todo el patrimonio de los pobres.

Por lo que á tí toca, hija mia, siempre te he conocido muy sensible á sus penas, para creer fácilmente que pudieses consentir en gastar en el boato y la molicie lo que debes á su indigencia. No eres tú á quien tantas veces he visto, sin mas testigo que Dios, ni mas guia que tu padre, llevar el consuelo y la abundancia á las habitaciones mas oscuras; cambiar en lágrimas de gratitud y de júbilo el amargo llanto del oprobio y del dolor; forzar al enfermo que maldecía su miseria, á retractar sus murmuraciones y á alzar al cielo sus manos trémulas y bendecirle; volver á la madre desfallecida y desolada la salud y el niño que espiraba de hambre en su seno; sacar de una prision infame al padre de familia, sin reproche delante de Dios, y que no tenia porque sonrojarse delante de los hombres, por una deuda contraida por necesidad; volver su estimacion y la vida á familias honestas que preferian la muerte á la vergüenza y á la mendicidad; volvérselos, digo, respetando su secreto, respetando su infortunio? Porque, en fin, ¿cuánto respeto no se debe á los desgraciados!

¡Oh mi querida Emilia! ¡Cómo hay ricos que no conocen el placer tan íntimo y tan puro de ha-

solo saben disipar ó amontonar, que cuando mas con una renta considerable fingen sentimientos y se creen caritativos por los pequeños bienes que hayan hecho), sin duda es justo, es dulce socorrer uno á sus semejantes, y lo hace uno algunas veces; pero lo que impide hacer mas, es que se engaña uno frecuentemente.” Ah! cuando uno es opulento, el riesgo mayor que se corre, no es hacer buenas obras en favor de los no necesitados; sino el no hacer una sola que habria sido necesaria, Y ademas de esto. ¿Qué accion buena no aprovecha al que la hace?

cer que nazca la alegría y la felicidad en los corazones sensibles! ¿Cómo no se miran cual encargados por su posición de cuantos indigentes pueden socorrer [a]! Ah! ¿Queremos que no haya desgraciados entre nosotros? ¿Y quién tendría alma tan mala para no quererlo? Que cada familia que tiene comodidades adopte una familia pobre; que la que es muy acomodada adopte muchas; que en vez de gastar en suntuosidades y en cosas vanas y fútiles, se gaste á favor de aquella familia que se hubiere adoptado, una parte de lo supérfluo; que la favorezca con sus consejos y protección; que le proporcione recursos con su crédito; que obre y practique algunas agencias en su beneficio: así gozará la dulce satisfacción de ver toda una familia resuscitada por sus cuidados; al artesano que es jefe de ella proporcionará instrumentos para su trabajo; salvará del peligro la inocencia de los tiernos niños que se hubieran perdido por la miseria; favorecerá el nacimiento y cultivo de sus débiles talentos. Y no se tema lo que costaría una obra tan bella: no solamente queda uno bien pagado en el fondo de su conciencia del bien que haya hecho en semejante adopción, por el sumo placer que al hacerlo goza, sino que esta adopción se mantiene con ménos costo del que se pudiera creer: cuando uno se encarga de una familia en que todos los miembros trabajan, poco se ha menester para que su trabajo baste á su mantención; y queda todavía bastante á las almas bienhechoras, para llevar á otra parte y extender mas léjos su liberalidad.

[a] „Se lamenta la rareza de los hombres; es la dureza del rico la que los mata.” [Consejos de la amistad]. „El lujo, dice d.º Alembert, es un crimen contra la humanidad, siempre que un solo miembro de la sociedad sufre y se sabe. Júzguese por esto cuán pocas ocasiones y gobiernos hay en que sea permitido el lujo; y tiémblese de entregarse á él, si se tiene algun resto de humanidad y de justicia.” [Miscelánea, tom. 4.º]

Que el rico haga todavía mas; que haga olvidar el origen las mas veces impuro de sus riquezas y de su opulencia, levantando establecimientos de utilidad comun; porque en este punto nunca fuera por demas la grandeza y el brillo: que haga construir ó ponga cuidado en adornar los edificios públicos; que repare y embellezca nuestros caminos; que reedifique nuestros templos; que dé magestad al culto; que dote vírgenes; que favorezca matrimonios bien ajustados; que enriquezca á su patria. ¡Ah, mi querida Emilia! ¿Todos estos gastos no valen mas que los del lujo [16]? ¿Y los dulces frutos que se sacan de ellos en la estimación de los compatriotas, en la propia estimación, no equivalen á sus placeres? ¡Oh hija mia! para pensar así, jamas has habido menester mas que de tu piedad y de tu propio corazón; ¡y qué felices son aquellos, cuya única filosofía son la religion y el sentimiento!

NOTAS.

PÁG. 205.

[1] *El reposo del espíritu y del corazón á las inquietudes y á los tormentos de la vanidad.* Mas vuelvo á decirlo de paso; ¿qué ventaja perdemos con inmolar la sencillez de las costumbres al lujo y á la vanidad! Aquella sencillez amable que hace tan interesante y tan respetable la conducta de aquellos que hasta en la depravación general han sabido conservarla, ya no es propia de nuestros usos: las modas ridiculas han hecho desaparecer casi todas las sociedades. En otro tiempo hacia reinar en ellas la jovialidad, la confianza y la franqueza: ahora solo se hallan la sujeción, un aire molesto, un reir afectado; se mira, se observa, se mide hasta los ojos. Principalmente entre mugeres, hay un estado de guerra casi continuo: aquella cuyo adorno es mas elegante, se hace objeto de la envidia loca de las demas; despues de haber pasado cuatro ó cinco horas mortales, y á veces muchas mas en martirizarse por el amor de la vanidad, se encuentra desgraciadamente un peinado mas elegante, una nueva moda, ya desde entónces solo hay despecho, mal humor, arrebatos, se amohina con el marido, con los hijos, con los criados; queda desolada por el triunfo de una rival, y por